

AÑO XXXII. **PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.** NÚM. 29.

QUE CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS. — CRÓNICAS. — BELLAS ARTES. — MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

PARA ESPAÑA, CANARIAS Y PORTUGAL
SE HACEN DOS EDICIONES DE LUJO Y DOS ECONÓMICAS,
cuyos precios varian
desde pesetas 1,50 al mes hasta 40 pesetas al año.

OBTIENEN UNA ELEGANTE PRIMA
las señoras que hagan su abono anticipado por un año á la primera edicion de lujo.

La Administracion remite prospectos y números de muestra grátis á quien lo solicita.

Madrid, 6 de Agosto de 1873.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS
á la Administracion, Carretas, 12, Madrid.

A todo pedido debe acompañar su importe, sin cuyo requisito se considerará como no recibido.

Números sueltos, una peseta.

DIRECTOR PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

PARA AMÉRICA Y EXTRANJERO
SE HACE UNA EDICION ESPECIAL Á LOS PRECIOS SIGUIENTES:
EN LA ISLA DE PUERTO-RICO.
Un año, 12 pesos fuertes; seis meses, 7 pesos fuertes.
EN FILIPINAS.
Un año, 15 pesos fuertes; seis meses, 8 pesos fuertes.
EN CUBA Y DEMAS AMÉRICAS.
Fijan el precio los señores Agentes.
EXTRANJERO.
Un año, 50 francos; seis meses, 26 francos.

SUMARIO.

1. Manteleta.—2. Manteleta con capucha.—3 á 5. Colcha para cuna.—6. Cenefa para labores de cañamazo.—7. Tapicería (taburete ó almohadon).—8 y 9. Dos cenefas con ángulos.—10. Pico de corbata (encaje inglés sobre tul).—11. Cenefa de tapicería.—12. Cenefa bordada.—13. Cenefa para cortinas.—14. Traje para niñas de 7 á 9 años.—15. Cuerpo de debajo.—16 y 17. Sombrillas.—18. Cesto de labor.—19 y 20. Traje de faya y popelina.—21. Casaca de percal con dibujos.—22. Casaca de organdí.—23 á 28. Trajes de paseo para señoras.

Explicacion de los grabados.—El Obispo, por P. Escamilla.—Poesías: Dos abismos, por L. Sipos; Auras de Abril, por S. Moreno Castelló.—Cartas de viaje, por el Marqués de Valle-Alegre.—La botella azul, por D.ª Patrocinio de Biedma.—Revista de modas, por V. de C.—Explicacion del figurin iluminado.—Salto de caballo.—Anuncios.



1.—Manteleta.



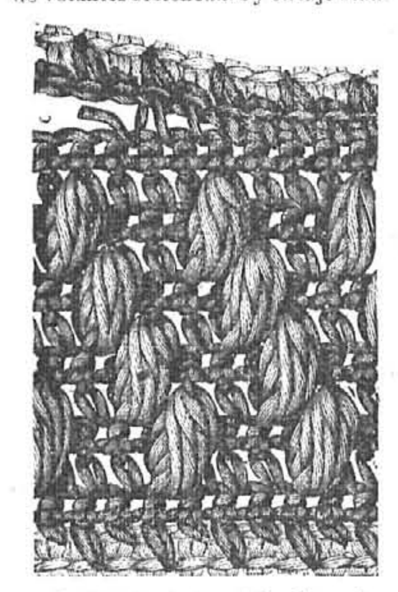
2.—Manteleta con capucha.

Al presente número acompaña la hoja de patrones número 14.

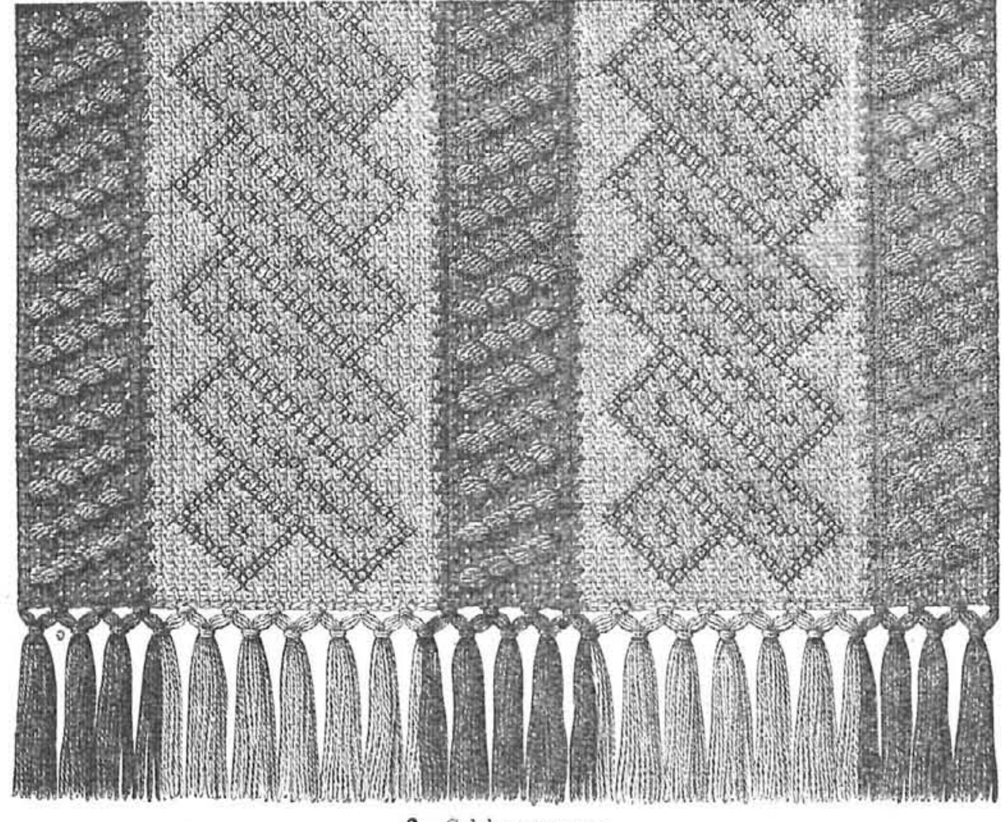
Manteleta. — Núm. 1.

(Las figs. 16 y 17 (*recto*) de la hoja de patrones corresponden á este objeto.)

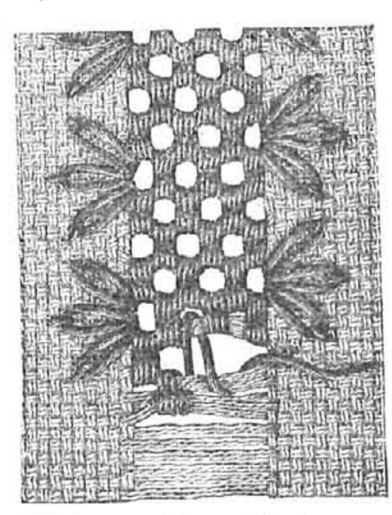
Puede hacerse esta manteleta de muselina blanca, faya negra ó cachemir, segun la estacion. Nuestro modelo, que es de muselina, va guarnecido de volantes festoneados y encaje blanco. Si se le hiciese de faya los volantes irian picados y el encaje sería negro.



4.—Detalle de la colcha. Tamaño natural. (*Véase el dibujo* 3.)



3.—Colcha para cuna. (*Véanse los dibujos* 4 *y* 5.)



6.—Cenefa para labores de cañamazo de Java.

Despues de completar las partes dobladas de la fig. 16, se corta la manteleta entera por esta figura, que sólo representa la mitad, y dos pedazos por la fig. 17. Despues de haber doblado hácia fuera, sobre la línea de puntos, la parte superior de la manteleta, se ejecutan los adornos y se forman en medio, por detras, dos pliegues *hácia arriba*, de tres centímetros de profundidad cada uno. Otro tanto se hace por delante, á la altura del cinturon. Ademas, se hace en cada lado del borde superior, á 16 centímetros de distancia del medio, un pliegue de hombro de 1 1/2 centímetros de profundidad. La parte plegada va guarnecida como la manteleta. Se la dobla al reves sobre las líneas de puntos indicadas parcialmente, y se forman pliegues fijando cada cruz sobre un punto. Se cose esta parte plegada sobre la manteleta, y se ponen los lazos de cinta. Por el reves de la manteleta, á la altura del talle, se fija un cinturon que se abrocha por delante *sobre* ó *bajo* los picos.

5.—Dibujo á la cruz ordinaria para la colcha. (*Véase el dibujo* 3.)
Explicacion de los signos: ▫ azul, ▫ blanco.

Manteleta con capucha. — Núm. 2.

(Las figs. 43 á 46 (*verso*) de la hoja pertenecen á este objeto.)

Se la hace de cachemir blanco con guipur blanco, solapas de faya color de lila, rizado, y lazos de cinta del mismo color. Córtanse dos pedazos por cada una de las figs. 43 á 45, se les cose acercando los números iguales, y se pone la guarnicion. La capucha va cortada al sesgo por la fig. 46, que sólo representa la mitad. Se la cubre por el reves con faya color de lila, y se la frunce desde el medio por delante hasta la estrella. Se pone el resto de la guarnicion, se frunce el borde inferior desde el medio de cada lado hasta el punto doble más inmediato y se le pega á la manteleta acercando los números iguales. Al hacer esta costura se *sostiene* un poco la manteleta. Cinta de color de lila para atar la capucha.

Colcha para cuna Núms. 3 á 5.

(Crochet y bordado á la cruz ordinaria.)

Se compone esta colcha de tiras hechas aisladamente, adornadas con bordado y luégo reunidas y rodeadas de fleco de 10 centímetros de alto. Nuestro modelo tiene, sin contar el fleco, un metro 8 centímetros de largo, por 84 centímetros de ancho. No hay que decir que pueden aumentarse ó disminuirse estas proporciones.

El modelo que vamos á describir se compone de 11 tiras, cinco de ellas anchas, hechas al traves con lana céfiro blanca al crochet tunecino ordinario. Las seis tiras estrechas se hacen con lana céfiro azul en el sentido de su largo, yendo y viniendo al crochet, con conchas de relieve. Esta labor debe hacerse un poco apretada, y por consecuencia se empleará un crochet no muy grueso.

Tiras anchas. Se las ejecuta sobre 28 mallas. Cuando una tira se halla terminada, se ribetea cada uno de sus lados largos con una vuelta de mallas simples hecha con lana azul. Despues de esta vuelta se continúa para ejecutar una de las tiras estrechas. Se vuelve la labor.

1.ª á 3.ª *vuelta.* Una malla simple en cada una de las mallas de la vuelta anterior, pero picando siempre el crochet bajo los dos lados superiores de la malla á un tiempo.

4.ª *vuelta.* * Sobre cada una de las tres mallas más próximas se hace una malla simple, una concha sobre el lado perpendicular de la malla correspondiente, que forma parte de la 1.ª vuelta (*véase el dibujo*). Para esta concha se echa la hebra cinco veces seguidas sobre el crochet, y despues de cada una de estas veces se pasa la hebra al traves de la malla, y luégo se hace una malla simple sobre la malla más próxima de la 3.ª vuelta. Al hacer esta malla simple se aprietan todos los bucles y los echados. Se vuelve á empezar desde *.

5.ª *vuelta.* Una malla en cada malla de la vuelta anterior. La 4.ª y la 5.ª vueltas van repetidas otras tres veces, consultando el dibujo.

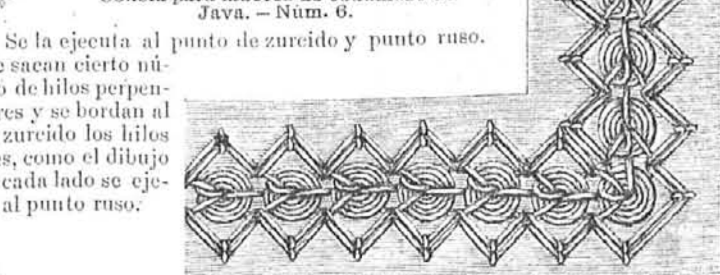
Júntanse las tiras cosiéndolas por el reves en el órden siguiente: una blanca, una azul, etcétera. El bordado á la cruz que adorna las tiras blancas va hecho con seda azul y seda blanca. El dibujo núm. 5 reproduce este bordado de tamaño natural. En el contorno de la colcha se anuda un fleco de lana de colores que juegan con las tiras.

Cenefa para labores de cañamazo de Java. — Núm. 6.

Se la ejecuta al punto de zurcido y punto ruso. Se sacan cierto número de hilos perpendiculares y se bordan al punto de zurcido los hilos horizontales, como el dibujo lo indica. En cada lado se ejecuta el bordado al punto ruso.

7.—Tapicería (taburete ó almohadon).
Explicacion de los signos: ■ marron oscuro, ⌗ marron mediano, ✕ verde oscuro, ◇ verde claro, ▫ gamuza oscuro, ▦ gamuza mediano, ǀ gamuza claro (de seda).

8.—Cenefa con ángulo.



9.—Cenefa con ángulo.

Tapicería (taburete ó almohadon). — Núm. 7.

Se ejecuta este dibujo sobre cañamazo de mediano grueso, con lana céfiro y seda de Argel.

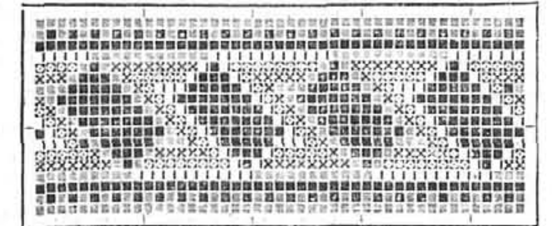
Dos cenefas con ángulos — Núms. 8 y 9.

Se la empleará para vestidos de niños sobre lienzo ó lana, y para carteras, álbums, etc., sobre tafilete ó paño. La labor se hace al punto ruso con hilo sobre el lienzo, y con seda torzal sobre el tafilete ó paño.

Pico de corbata. — Núm. 10.

(Encaje inglés sobre tul.)

Se borda este dibujo sobre tul blanco con galoncillo, de



11.—Cenefa de tapicería.
Explicacion de los signos: ▫ cuentas doradas, ▪ negras, × cristal, ⚬ leche, ׀ yeso.

la manera que en várias ocasiones hemos indicado para el encaje inglés.

Cenefa de tapicería — Núm. 11.

Esta cenefa, que sirve para adornar costureros y otros objetos análogos, se borda sobre cañamazo de mediano grueso, con cuentas de los colores que se indican en la explicacion de los signos.

Cenefa bordada. — Núm. 12.

Se borda esta cenefa sobre una cinta de gro de 2 centímetros de ancho, con tiras de terciopelo aplicadas de 3/4 centímetro de ancho, y una guirnalda al punto de espina

10.—Pico de corbata.
Encaje inglés sobre tul.

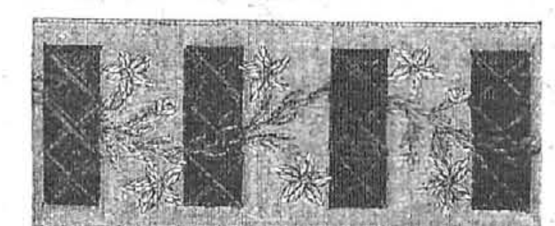
con seda verde, punto ruso de seda azul y punto anudado con seda color de rosa. Esta cenefa suele emplearse para el mismo uso que la anterior.

Cenefa para cortinas. — Núm. 13.

Ejecútase este dibujo sobre un fondo de tul. Se borda al punto de *zurcido* con algodon del mismo grueso del tul. El borde inferior va festoneado como lo indica el dibujo.

Traje para niñas de 7 á 9 años. — Núm. 14.

Para la explicacion y patrones véase n.º IX, fig. 47 á 53 de la hoja de patrones que acompaña al presente número.



12.—Cenefa bordada.

Cuerpo de debajo. — Núm. 15.

Para explicacion y patrones véase n.º III, figs. 18 á 23 de la hoja.

Sombrillas. — Núms 16 y 17.

Núm. 16. *Sombrilla de faya cubierta de encaje.* Esta sombrilla es de faya color gris arena, y va forrada de seda blanca y cubierta de encaje de Chantilly. Puño de marfil.

Núm. 17. *Sombrilla de tafetan bordado.* El revestimiento de esta sombrilla es de tafetan azul muy claro, y va bordado, segun las indicaciones del dibujo, con seda floja azul oscuro, al pasado, punto de cordoncillo y punto anudado. Forro de seda blanco, puño de marfil.

Cesto de labor. — Núm. 18.

(La fig. 27 de la hoja de patrones pertenece á este objeto.)

Este cesto es de mimbre blanca con asa de junco barni-

13.—Cenefa para cortinas.

zado de negro. El interior va forrado de tafetan granate. El exterior va ornado de paño granate con aplicaciones y cordon granate, dispuesto en lazos sobre la tapadera. La fig. 27 representa el trozo de paño y el dibujo de las aplicaciones. La aplicacion del centro es de raso granate, y va rodeada de hilillo de oro, que se fija de trecho en trecho por medio de puntos hechos con seda negra. Los arabescos se ejecutan con trencilla granate. El resto del bordado se hace al punto ruso y punto de espina con seda granate.

Traje de faya y popelina.—Núms. 19 y 20.

Para la explicacion y patrones véase n.º VI, figs. 28 á 39 de la hoja que acompaña al presente número.

Casaca de percal con dibujos.—Núm. 21.

(Las figs. 40 á 42 de la hoja que acompaña al presente número corresponden á esta casaca.)

Servirá igualmente este patron para vestidos de muselina blanca, chaconás, ú organdí estampado. Los adornos se componen de volantitos *tableados hechos de la misma tela.*

Córtanse dos pedazos por la fig. 40. La línea lisa marca el límite del delantero que cruza por debajo. Córtase la espalda entera por la fig. 41, que sólo representa la mitad, y la manga, tambien entera, por la fig. 42. Se cosen las dos mitades desde 29 hasta 30, y se forman pliegues en el cinturon fijando las cruces sobre el punto; se juntan las figs. 40 y 41 acercando los números iguales. Bajo el contorno (exceptuando el escote) se pone una tira de la misma tela de 3 centímetros de ancho. En el escote se pone un cuellecito recto de 2 centímetros de ancho, y luégo se fijan los adornos. Cada manga va cosida desde 33 hasta 34. Bajo su borde inferior se pone una tira de 3 centímetros de ancho, se pega el volante, y se forman pliegues cosiendo cada cruz sobre un punto. La manga va cosida á la sisa 34 sobre 34 por medio de un vivo.

Casaca de organdí. Núm. 22.

Para la explicacion y patrones véase n.º X, figs. 54 y 55 de la hoja.

Trajes de paseo para señoras Núms. 23 á 28.

Véase n.º I, figs. 1 á 15 y demas explicaciones del *recto* de la hoja.



14.—Traje para niñas de 7 á 9 años.
(*Explic. y patrs., n.º IX, figs.* 47 á 53 *de la hoja.*)

16.—Sombrilla de faya cubierta de encaje.

15.—Cuerpo de debajo.
(*Explic. y patrs., n.º III, figs.* 18 á 23 *de la hoja.*)

17.—Sombrilla de tafetan bordada.



19.—Traje de faya y popelina. Espalda.
(*Explic. y patrs., n.º VI, figs.* 28 á 39 *de la hoja.*)



18.—Cesto de labor.

20.—Traje de faya y popelina. Delantero.
(*Explic. y patrs., n.º VI, figs.* 28 á 39 *de la hoja.*)

EL OBISPO.

NARRACION.

I.

En primer lugar, debo deciros que monseñor el obispo de..... *era* un breton de pura raza, nacido en una pequeña aldea que levanta sus techos de pizarra y sus tapias de tierra blanqueada con cal en uno de los linderos de la Selva de Rennes.

Al decir *era*, y de intento he subrayado la palabra, debeis suponer que ya no existe, pues de otro modo, ni áun callando su nombre me atreveria á levantar la punta del velo que oculta uno de los detalles más singulares de su vida.

En una edad muy avanzada, y á causa de sus achaques, hizo renuncia del obispado, y se retiró á la aldea donde sus ojos vieron la primera luz, en cuya iglesia solia celebrar el santo sacrificio de la misa en las grandes festividades.

Habia recorrido con gloria los principales grados de la jerarquía eclesiástica, distinguiéndose sobre todo como predicador por la elegancia, sencillez y profundidad de sus sermones.

La muerte le sorprendió en la tarea de corregirlos y coleccionarlos: ignoro si su familia habrá terminado este trabajo para darles á la estampa, aunque creo que no, pues no recuerdo haberlos visto anunciados en parte alguna.

Lo que sí consta á muchísimas personas era el aprecio en que le tenian todos los hombres de ciencias de Europa, sobre todo la nacion francesa, tan amante de sus sabios y de sus glorias.

II.

Dos cosas llamaban principalmente la atencion en la estancia del palacio episcopal que de ordinario ocupaba monseñor: un retrato y una ruleta de marfil.

El retrato representaba un jóven como de unos treinta años, elegantemente vestido, y cuyo traje databa de los últimos dias del reinado de Luis XV. Aquella hermosa cabeza representaba el extraño contraste de un tipo varonil luchando con la gracia y la morbidez femeninas; era un conjunto extraño que llamaba la atencion la dulzura de aquellos ojos con las líneas severas y casi duras de la boca, la línea de la nariz de una correccion griega, y el óvalo infantil del rostro.

Monseñor tenía gran veneracion hácia este retrato, por más que no perteneciera á ningun individuo de su familia, segun confesion propia.

En cuanto á la ruleta.....

Aquello era más extraño todavía.

El obispo la veneraba casi tanto como al retrato, y áun solia envolver aquellos dos objetos en una mirada.

¡Pardiez!

¡Una ruleta en la habitacion de un obispo!

Motivo habia para que sus pajes, familiares, y áun sus amigos, demostrasen la más profunda extrañeza.

Y no era que monseñor fuese partidario de ningun juego, mucho ménos de los prohibidos por la ley, como los de envite y azar.

Nadie recordaba haberle visto jugar nunca por distraerse; en cambio no consentia que nadie tocase aquella ruleta inmoral, ante la que se pasaba horas enteras contemplándola con una atencion profunda.

Muchas veces, cuando alguno le *sorprendia en aquel mudo éxtasis*, señalaba la ruleta, exclamandó con incalificable sonrisa:

—Esto es lo que me ha dado el título de monseñor.

Ahora no será del todo inoportuno que os cuente una historia.

III.

Fijemos la época.

Era muchos años ántes de la revolucion del 93.



21.—Casaca de percal con dibujos.
(*Patrs., n.º XII, figs.* 40 *á* 42 *de la hoja.*)

Gran parte de los habitantes de París en dicha época veian, ó recordaban haber visto, diariamente, recostado en una de las barandillas del puente de Nuestra Señora, á un muchachuelo, casi un niño, pues apénas contaria doce años, sucio y harapiento, que habia hecho su morada de aquel sitio.

Los primeros rayos del sol iluminaban su macilento semblante y su rizada cabellera en el lugar indicado, donde permanecia con la inmovilidad de la estatua del Comendador todo el dia y gran parte de la noche, inclinado sobre la mano izquierda, extendiendo la derecha hácia adelante, único modo que tenía de impetrar la caridad pública, pues éste era su oficio.

Cuando la ciudad quedaba envuelta entre la sombra, buscaba el sitio más á propósito para dormir bajo uno de los estribos del puente.

Esta era la espantosa

22.—Casaca de organdí.
(*Explic. y patrs., n.º X, figs.* 54 *y* 55 *de la hoja.*)

23.—Traje de tussor y fular. Espalda. (Véase dibujo 26.) (*Explic. en el recto de la hoja.*)

24.—Traje de taya. Delantero. (Véase dibujo 28.) (*Explic. y patrs., n.º I, figs.* 1 *á* 15 *de la hoja.*)

25.—Traje de lienzo azul. Delantero. (Véase dibujo 27.) (*Explic. en el recto de la hoja.*)

26.—Traje de tussor y fular. Delantero. (Véase dibujo 23.) (*Explic. en el recto de la hoja.*)

27.—Traje de lienzo azul. Espalda. (Véase dibujo 25.) (*Explic. en el recto de la hoja.*)

28.—Traje de taya. Espalda. (Véase dibujo 24.) (*Explic. y patrs., n.º I, figs.* 1 *á* 15 *de la hoja.*)

23 Á 28.—TRAJE DE PASEO PARA SEÑORAS.

existencia á que se habia condenado aquel mendigo, casi idiota.

El rigor de la intemperie, desafiado por tantos meses, le habia dado esa apariencia peculiar de los bohemios ó gitanos; el ruido y el color sombrío de las aguas del Sena, que murmuraban al pasar bajo sus piés, habian impreso en toda su persona algo de huraño, hosco y amenazador, que hacia esquivar su presencia á los demas pilletes del contorno.

Aquel mendigo parecia una de las gorgonas de la fachada de Nuestra Señora, arrojada sobre el puente en algun dia de huracan.

Las almas caritativas le arrojaban, más bien que le daban, el óbolo de la caridad.

Nadie le habia oido hablar, ni mucho ménos reir, ni por entónces hubo arquero ni ronda que se creyese con bastante derecho para espantar de su nido á aquel buho del puente, como le llamaban.

Ni el sol de Julio le hacia ocultar su cabeza entre la sombra, ni las espantosas heladas de Enero causaban más mella en él que en el tronco grieteado, seco y carcomido de una encina.

Y sin embargo, aquel sér tendria alguna historia, y probablemente ocultaba alguna desventura.

IV.

Entónces, como hoy y como en todo tiempo, se jugaba mucho en París, y se jugaba á todo; especialmente los juegos de azar estaban muy en boga, lo cual quiere decir que en la capital abundaban las *encerronas* y los tugurios.

Uno habia en la calle de la Calandre, muy respetado por la policía, á causa de ser el *rendez-vous* de la juventud dorada de la época.

El hombre acostumbrado á vagar entre las sombras de la ciudad por aquella parte hubiera visto que todas las noches indefectiblemente, entre tres y cuatro de la mañana, salia un jóven del tugurio de la calle de la Calandre, tomando la direccion del puente de Nuestra Señora.

Al pasar junto al muchacho de que acabo de hacer mencion, ponia sobre su mano derecha una reluciente libra tornesa, que alguna vez brillaba herida por los rayos de la luna, exclamando alegremente:

—Toma, pequeño, por la ruleta.

Y proseguia su camino.

Esto se repitió todas las noches de un año..... y de otro..... y de otro.....

¡Ah, Dios mio! ¡cuántas libras tornesas tendria ya el pequeño...... el buho de Nuestra Señora!.....

Hasta que una noche faltó el caballero, y ya no volvió más.

Y de tres á cuatro de la mañana el mendigo sólo oyó murmurar las aguas del Sena, sin que ningun acento humano turbase su monótono claqueo.

Y al poco tiempo el pequeño desapareció á su vez.....

Y las gentes se preguntaban en vano:

—¿Adónde ha ido á parar el melancólico buho de las torres de Nuestra Señora?

V.

Un dia..... no recuerdo bien si era en una de las principales ciudades de Bretaña ó de Normandía.

Ello es que era un hermoso dia de Mayo: habia sol en el cielo, cuyos rayos alumbraban el pórtico de la catedral, muchas flores, las primeras de la estacion, que por esta circunstancia parece que tienen más aroma y colores más puros y delicados; mucho pueblo en la calle, y dentro del templo damas elegantes, atildados caballeros, incienso, salmos y música, porque en aquel momento se ungia y consagraba el obispo nombrado para aquella diócesis.

Terminada la ceremonia hubo un magnífico y suculento *chocolate* en la sala capitular, y terminado el chocolate el obispo atravesó la iglesia para dirigirse al palacio episcopal, seguido del clero y de sus familiares.

Esta alegre, al par que respetuosa procesion, atravesaba ya el pórtico del suntuoso templo, cuando el obispo se detuvo de repente, como si una fuerza superior le impidiese marchar: todos le vieron palidecer, mirando hácia un objeto desconocido, miéntras en su rostro se pintaba una emocion difícil de describir, emocion que le hacia estremecerse como un paralítico, como se estremece un cuerpo á quien se aplica la pila de Volta.

Así trascurrieron tres segundos, que parecieron tres siglos por su duracion.

De pronto el nuevo obispo pidió una moneda de plata á aquel á quien halló más á mano, y dirigiéndose á un sucio y asqueroso mendigo, recostado en el último escalon del atrio, le dijo con voz conmovida, depositando en su mano la moneda:

—Por la ruleta.

Entónces el mendigo abrió los entornados ojos, fijó su estúpida mirada en el semblante del obispo, tiróse hácia atras con ademan convulsivo una especie de casquete que cubria su cabeza, y despues de vacilar un momento, cayó á los piés del sacerdote exclamando:

—¡Ah monseñor...!

El obispo se abrió paso por entre la admirada multitud, y subió á su elegante carroza, que le condujo al palacio episcopal.

Una vez instalado en su habitacion, dijo á uno de sus pajes:

—Traedme á aquel mendigo á quien he socorrido en el atrio de la catedral.

VI.

En verdad os digo que el pequeño, el buho del puente de Nuestra Señora, no era ningun imbécil.

Aquellas buenas libras tornesas que recogia del caballero que jugaba á la ruleta, convenientemente guardadas, formaban un pequeño capital, que en manos hábiles y seguras se triplicó al poco tiempo.

Y aquel niño, aquel infeliz breton sin familia ni amigos, que mendigando llegó á París y mendigando vivia, aquel pobre bohemo del Sena, sin instruccion, se dedicó á adquirirla.

Cuando la voluntad es buena se alcanza casi todo lo que uno se propone.

Los primeros destellos de la luz de la ciencia empezaron á disipar las nieblas de la ignorancia en la inteligencia del mendigo, como despeja el viento las nubes que empañan el azul del cielo, haciendo que brille luégo más limpide y esplendente, iluminado por los rayos del sol.

Miéntras duró su primera educacion, el muchacho, que no era ingrato, no se olvidó de ir alguna que otra noche entre tres y cuatro al puente de Nuestra Señora, con la esperanza de ver al jóven á quien tanto debia, no para impetrar nuevamente su caridad, sino para manifestarle el buen uso que estaba haciendo de sus limosnas.

Pero ¡ay!

Todo fué en vano: el jóven, ó habia muerto, ó ya no tenía nada que dar.

El mendigo, que ya era un hombre, entró á poco en un seminario, donde hizo sus estudios con extraordinaria brillantez y aprovechamiento.

Despues...

Ya os he dicho más arriba lo que pasó.

Aquel pobre buho del puente de Nuestra Señora recorrió con gloria todos los grados de la jerarquía eclesiástica, y miéntras el estudio y la aplicacion le hacian hombre, acababa de arruinarse en el juego su jóven protector, hasta el extremo de que el obispo tuvo que socorrerle el dia de su consagracion, en el pórtico de la catedral.

VII.

Desde aquel dia aquel pobre mendigo pasó á ocupar una habitacion en el palacio de monseñor, quien le retuvo á su lado hasta que sus padecimientos le ocasionaron la muerte.

Ahí teneis explicada la predileccion del buen obispo por el retrato de su protector y la ruleta, á quien efectivamente debia el puesto envidiable que ocupaba en la sociedad.

Sin embargo, si no teneis á vuestro alcance otros medios de dar limosna, os aconsejo que no ejerzais nunca la caridad por medio de la ruleta, porque no siempre encontrareis un mendigo que se haga obispo y no quiera ser ingrato.

P. ESCAMILLA.

DOS ABISMOS.

Un dia sobre un hondo precipicio
Suspendido me hallé,
Y en sus negras entrañas un momento
La muerte contemplé.

Y el vértigo venciendo que hácia el fondo
Me impelia á rodar,
Pude por fin de la fatal orilla
Mi planta retirar.

Hoy, de otro abismo al borde, en vano lucho
Y quiero resistir;
Que en la profundidad de tu mirada
Me siento sumergir.

L. SIPOS.

AURAS DE ABRIL.

Batiendo entre flores
Sus trémulas alas,
Preciados aromas
Recogen las auras.
De Abril son aliento,
Que el valle embalsama,
Que inspira á las aves,
Que riza las aguas,
Que lleva murmullos,
Que miente esperanzas,
Que llega hasta el monte,
Que torna y que pasa.
Turbando el silencio
De noche callada,
Imita el suspiro
Del pecho que ama.
Fingiendo rumores,
Agita las ramas;
Dormida entre rosas
Contenta descansa.
Y siente en su lecho
Los besos del alba,
Y al ver que en las hojas
Amante resbala
Del fresco rocío
La perla envidiada,
Su vuelo desplegan
Celosas las auras,
Y roban del cáliz
La dulce fragancia.
. . . .
Venid, auras leves,
Mi frente abrasada
Anhela la esencia
Que va en vuestras alas;
Os pide rumores,
Fingidle esperanzas,
Y en cambio os concede
Suspiros del alma.

S. MORENO CASTELLÓ.

CARTAS DE VIAJE.

SUMARIO.

París, 24 de Julio.

Por entre los carlistas.—De Madrid á Bayona—Aventuras.—Llegada á Biarritz.—La colonia madrileña.—Ni lujo ni fausto.—Espectáculos y placeres.—La cordialidad española.—De Biarritz á París.—El Shah de Persia.—Chismografía.

Ha sucedido lo que esperaba, cara y bella sobrina mia; cansado de sufrir los calores tropicales de Madrid, harto de aguantar las diabluras federalistas de Pi Margall y compañía, *un beau matin* hice mi maleta, y salí de la ex-coronada villa con direccion á Francia.

—¿Por dónde? me preguntarás.

Los locos ó los afortunados como tú, se marchan por Vitoria y San Sebastian, sin temor al ya prófugo y perseguido cura Santa Cruz; los que no se marean tienen la facultad de venir por Santander; á los prudentes no nos queda otro recurso que tomar el camino de Zaragoza y Pamplona.

—Pero—me dirás tú—ese camino está infestado de partidas carlistas, que detienen á cada paso á los viajeros, que les piden los pasaportes, que les reclaman algun dinero como contribucion por sus equipajes.

Es verdad; mas esos pobres facciosos, segun les llamaban ántes, esos buenos soldados de Cárlos VII, como se dice ahora, son amables, finos, bien educados; piden mil perdones por las molestias que ocasionan, se informan de la salud de los viajeros, y se contentan con dos reales por cada mundo ó cada saco de noche.

Bien ves que no hay motivo para asustarse ni para lamentarse mucho de las exigencias ni de las tropelías de los carlistas.

***

El viaje es largo, pero no cansado ni peligroso.

Si en la venta de Ulzama ó en la posada de Elbetea se encontrára un Lhardy cualquiera que suministrara una comida *comible*; si no hubiera que dormir entre toda clase de bichos en Elizondo; si en Ainhoa, primer pueblo frances por aquella parte, hubiese un *restaurant* regular en vez de su *auberge* inmundo, no llegaria uno descontento á Bayona, donde los malos cuartos y la mediana mesa del *Hôtel du Commerce* se le antojan á uno el *summum* del *comfort* y del bienestar.

Una vez en la ciudad del Adour, respira cada cual, considerándose feliz por haber salido incólume de los peligros democráticos y guerreros.

Allí se encuentra uno—rodeado de amigos y compatriotas—como en su propio país.

A cada paso se ven caras conocidas; á cada momento se le tienden al recien llegado cariñosas manos, y no se oye sino repetir:

—Vivo en Biarritz en la *Villa Suïsse*.

—Estoy en la *Villa des Roses*.

—Vaya Vd. á verme al *Hôtel de Inglaterra*.

—Almorzamos á las once, y comemos á las seis.

***

¡Ay! Por desgracia, todas las hospitalarias familias españolas que brindan de manera tan delicada su mesa, que ponen á nuestra disposicion sus respectivas casas, no todas, digo, han adoptado esas horas *pour ses repas*.

La colonia madrileña, en su gran mayoría, come á la una y cena á las ocho: sistema absurdo é incomprensible en las necesidades de la vida social, y que no tardará en ser abandonado.

Pero ¡qué cordialidad, qué franqueza en nuestro carácter nacional!

En cuanto aparece en Biarritz un conocido, cada cual se apresura á visitarle; cada cual le invita á sus expediciones y á sus placeres; cada cual se esfuerza para hacerle la vida agradable.

Los Condes de Heredia Spínola reciben todas las noches en su preciosa villa, y los domingos permiten á la alegre juventud que baile, obsequiándola con un espléndido chocolate.

Su casa es el punto de reunion de toda la alta sociedad, haciendo los honores de ella con exquisita cortesanía y amabilidad, no sólo los Condes de Heredia, sino sus lindas y angelicales hijas.

Tambien los Condes de Vilches tienen tertulia, pero de absoluta confianza, á causa del luto que llevan por su madre la Marquesa de Almonacid.—Juégase allí al *bezigue*, que es el juego de moda actualmente; tómase té, y se charla hasta las doce de la noche.

En fin, el 15 se abrió el Casino, completamente restaurado y embellecido, así como el teatro anejo al mismo establecimiento, y en ambos sitios encontrarán solaz y recreo cuantos estén ganosos de diversiones, que no serán muchos entre nuestros compatriotas.

Llevan éstos el luto de la patria, afligidos de los males presentes, temerosos de los males futuros; recelando no poder volver, en la época de costumbre, al suelo querido donde nacieron.

Tan triste disposicion de los espíritus se revela en todo;

—en los trajes, en las fisonomías, en la manera de vivir.
Las señoras han proscrito el lujo en sus *toilettes*, y visten con extraordinaria sencillez:—de percal, de muselina, todo lo más de *foulard*;—en sus gastos se advierte tambien la más rigorosa economía; en sus planes impera *siempre la fria razon.*

Semejante conducta honra mucho el patriotismo y la cordura de las españolas; pero roba naturalmente la animacion y la alegría á los círculos donde se juntan diariamente. No hay expediciones, no hay fiestas, no hay saraos.

Ademas, unas tienen sus esposos, sus hijos, sus parientes, sus simpatías en las filas carlistas; otras las tienen en las alfonsinas, y esto ha dividido en dos fracciones—lo ménos—á las que ántes formaban un todo compacto y homogéneo.

¡Triste resultado de esa horrible calamidad que se llama la guerra civil!

***

No te diré quiénes son las familias alojadas en Biarritz, porque tú lo sabes tan bien como yo, y porque la excepcion sois las que estais en San Sebastian, ó las que se han quedado en Madrid.

Así únicamente se oye hablar español, lo mismo en las calles y en *les allées marines* de Bayona, que en el *port vieux* y en *la plage des fous* de Biarritz: en los hoteles de la ciudad y en las *villas* del pueblecillo tampoco se escucha otra lengua que la de Cervántes.

Los franceses vienen más tarde, en los meses de Agosto y Setiembre, cuando empiezan á abandonarles el campo los españoles, miéntras aquéllos son reemplazados luégo por los ingleses y los rusos, á quienes el clima desigual y duro de la costa les parece suave y delicioso en invierno. ¿Qué tal será el de sus respectivos países?

***

Despues de pasar una semana en Biarritz; de ver y saludar á todos los amigos; de comer con éstos á las doce; con aquéllos á las cinco; con los de más allá á las ocho; de asistir á una representacion en el teatro del Casino; de bailar un rigodon en los salones *eblouissants;* el *tourista* tiene que marcharse con ó sin la música á otra parte; y eso es lo que ha hecho tu tio, que abandonó el suelo vasco en una de las más sofocadas tardes de verano.

***

Sea la situacion especial de mi ánimo, ó que realmente es así, me parece ahora más triste, ménos bullicioso que otras veces cuanto veo.

En el *esprés* de París, tan favorecido generalmente por los españoles, veniamos un corto número de ellos; verdad es que no eran tampoco muchos los demas viajeros.

Así cada cual pudo elegir sitio á su placer, y wagon hubo en que venia un solo individuo, muellemente tendido sobre los almohadones colocados en forma de cama.

París nos recibió con un calor digno del Senegal, con un sol deslumbrador que iluminaba los restos de los festejos tributados al Shah de Persia.

A nuestro arribo, el que se apellida modestamente *Rey de los Reyes*, habitaba todavía la ciudad del Sena; todavía era objeto de la admiracion de los *badauds* parisienses; todavía, en fin, sus joyas turbaban el sueño de las mujeres elegantes.

Nazzer-ed-Din ha sido durante su permanencia aquí el *lion* de la temporada.—Su fausto, su esplendidez, su generosidad, le han conquistado el aprecio de este pueblo positivo y metalizado.

El Shah ha hecho infinitas compras en las fábricas y almacenes; ha dado propinas y limosnas en abundancia; ha favorecido las artes en la persona de una cortesana célebre y actriz adocenada—Blanca de Antiquy—y eso le ha bastado para adquirir una inmensa popularidad.

***

Llegué á tiempo de asistir á la fiesta celebrada en su obsequio en el Ministerio de Estado, ó sea de Negocios Extranjeros, y ví á mi sabor al héroe del dia.

Es un hombre de facha comun y vulgar, que seguramente no llamaría la atencion de nadie si no fuese el soberano de un imperio poderoso y vasto.

Su famosa *aigrette*, ó sea pluma de pedrería, de la que tanto han hablado los periódicos, es en realidad una cosa magnífica, y á ella ha debido en mucha parte el Shah el efecto que ha producido.

La luz de los brillantes reflejaba en su rostro dándole el aspecto de un sér sobrenatural. De aquí la fascinacion y el entusiasmo de los fervientes adoradores del becerro de oro.

Nazzer-ed-Din representa á sus ojos el prestigio y el poder de la riqueza.

Los hechos y gestos del Shah, sus palabras más insignificantes, se han referido y comentado aquí con extraordinaria minuciosidad.

Sin embargo, el monarca persa ha tocado algunas veces el violon, como decimos los españoles.

La víspera de su partida fué á visitar el *Asilo de la Providencia*, convento de religiosas, donde éstas educan doscientos cincuenta ó trescientos expósitos.

S. M. recorrió y visitó el edificio con sumo detenimiento, y al retirarse preguntó, señalando á los chicos reunidos en peloton:

—¿Son los hijos de esas señoras?

Como la interrogacion fué hecha en francés, aunque malo, todo el mundo la oyó, y puedes imaginarte el efecto que produciria.

Las madres bajaron los ojos; algunos chicos se echaron á reir, y otros de los presentes sacaron el pañuelo para ahogar sus carcajadas.

—No, señor,—repuso el abate Borél, que acompañaba al Shah.—El catolicismo impone á las órdenes religiosas el deber de la castidad.

Nazzer-ed-Din conoció la torpeza que habia cometido y se mordió los labios.

Y la visita acabó de una manera cómica y regocijada.

***

El 19 ha abandonado S. M. esta capital en medio de una verdadera ovacion.

Los parisienses, situados á todo lo largo de los bulevares, saludaban al Shah, quitándose el sombrero y hasta con ruidosas aclamaciones.

Algunos gritaban: *Au revoir!* expresándole deseo de que vuelva á dejarles unos cuantos millones de francos.

El deseo es natural; pero ignoro si será atendido.

Un periódico ha publicado que en las habitaciones del Shah en el palacio legislativo se ha encontrado la fotografía de Blanca de Antiquy con estas palabras escritas y firmadas por ella misma: *¡Viva Persia y su generoso monarca!*

¿Será verdad?—Es lícito dudarlo.

Mi carta es ya muy larga, y se despide de tí hasta otro dia, tu cariñoso tio,

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

LA BOTELLA AZUL,

POR DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

(CONTINUACION.)

—¿Qué? dijo Bruno.

—Amalia afirma, dijo Federico, que el amor existe.

—¡Bah, qué sabe ella!

—Se le niega á V. la competencia, dijo tomando una expresion entre burlona y risueña Federico; sin duda Bruno ignora....

—Debe saberlo, dijo Amalia interrumpiéndole con firmeza y dignidad, pues de no haberle amado no estaria casada.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! contestó con grosera insolencia Bruno, nadie se casa ya por amor.

Amalia palideció, é instantáneamente se puso roja como una amapola.

El Vizconde la miró con una expresion de pena y de simpatía imposible de expresar y se puso de pié, así como Federico.

Ambos se despidieron de Amalia, que apénas pudo balbucear algunas palabras, y salieron con Bruno, que les acompañó hasta la escalera.

—¡Dios mio! *murmuró Amalia al verse sola*, esto es insoportable, me pone en ridículo á cada instante.

Y ocultando el rostro entre las manos rompió á llorar.

—¡Calle! dijo Bruno al volver, ahora lloras..... ¡Tú estás loca! ¿Y por qué lloras, vamos á ver? Sin duda porque se van esos caballeros.....

—¡Bruno! murmuró Amalia indignada.

—Vamos, vamos, dáme de comer; que ya tendrás tiempo de llorar.

V.

UN AMIGO DE BRUNO.

En la noche de este mismo dia, y en tanto que Amalia recitaba en escena, Bruno, que fumaba tranquilamente sentado entre bastidores, sintió que una mano se apoyaba en su hombro.

Se volvió y conoció á Luis de Velez, el que nuestros lectores vieron en el palco de Bautista.

—Adios, querido, le dijo familiarmente, ¿qué te haces? ¿Dónde andas, que por ningun lado te veo?

—Salgo poco.

—¿Y por qué?

—¡Qué sé yo! No estoy bueno.....

—¡Bah! dijo Luis sonriendo maliciosamente, si yo te llevára á cierta casa donde se canta en *flamenco*, se te quitaban todos los males.

—¿Adónde? preguntó con afan Bruno.

—No te lo quiero decir; luégo lo cuentas todo á tu mujer y harás que no me quiera bien.

—¡Qué, hombre! ¿Cómo he de hacer yo eso? Vamos, dime, ¿dónde es?

—Haré algo mejor, ¿quieres venir conmigo?

—Vamos allá.

—Pero y si Amalia.....

—¡Bah! ¿Qué importa Amalia? Estarémos aquí ántes que acabe, pues la comedia empieza ahora.

Luis y Bruno salieron del teatro por la puertecilla reservada de los artistas, y rodearon el edificio para buscar el carruaje que Luis habia dejado.

Cuando subieron á él, Luis, que habia dicho en voz baja las señas al cochero, advirtió á Bruno con una voz, que á fuerza de querer ser grave era burlona:

—Cuidado, querido Bruno, que se trata de personas decentes.

—¡Vaya! ¿Pues por quién me tomas? ¡No faltaba más!

El coche se detuvo en breve.

Luis saltó al suelo y esperó á Bruno, que se unió á él.

A traves de una puerta, cuyos cristales raspados impediau ver lo que en el interior pasaba, se oia el eco cadencioso de una guitarra.

Luis entró con Bruno, y al abrir la puerta dijo:

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, don Luis, le contestaron, mirando con risitas de burla á su gordo compañero.

En aquel momento una muchacha morena y descarada, con una mirada insolente, salió, llevando en la mano unas botellas.

—Mira, buena moza, dijo Luis en tanto que la miraba haciéndola una señal de inteligencia, vén aquí.

—¡Ah, señor Luis! ¿Es usted? Voy al momento.

Y dejando las botellas se aproximó al jóven.

—Este señor, la dijo Luis señalando á Bruno, es el amigo que yo te decia. Esta chica se llama Consuelo, añadió á guisa de presentacion, y es la mejor *cantaora* del barrio.

Bruno la miraba con cuidado.

Parecia que no le era desconocida.

—Diga usted, dijo al fin con su habitual torpeza, ¿no la he visto yo á usted ayer en la calle de la Montera?.....

—Puede ser; yo ando por todo Madrid.

—Sí, sí; la ví á usted y la seguí, porque, vamos, me gustó mucho.

Consuelo fijó en Bruno una mirada provocativa, y sin contestar se encogió de hombros.

—Mira, Bruno, hazla cantar, y verás una cosa buena; é inclinándose hácia ella como si fuera á rogarla, la dijo á media voz:

—No olvides que es preciso marcarle, chiquita.

—No lo olvido, contestó ella.

Luis pidió unas copas, y Bruno bebió.

Aquella mirada estúpida fué animándose gradualmente, y cuando Consuelo, cantando una *malagueña*, le miró con todo el malicioso descaro de una muchacha perdida, Bruno, creyendo haber hecho una conquista, pavoneándose con importancia, se acercó á ella y le dijo con misterio:

—Tenemos que hablar.....

—Mañana á las diez estaré sola, dijo ella en tanto que miraba á Luis.

—No faltaré, contestó Bruno.

—¡Ya es mio! murmuró Luis con satisfaccion.

Y despidiéndose, salió con Bruno para volver al teatro.

—Te agradezco muchísimo que me hayas traido á esta casa, le dijo Bruno.

—Parece que te gusta la Consuelo.

—¡Pchs! Un poco, hombre.

—¡Ten cuidado!

—¿Por qué?

—Porque si se enamora de tí.....

—¿Y bien?

—¡Cómo! ¿Harias traicion á Amalia?

—¡Bah! ¡Amalia no se ocupa de mí!

—¿De véras?

—Y tan de véras; no me quiere; ¿cómo ha de querer una actriz, una artista, como ella dice, á un hombre tan gordo?

Luis disimuló con una carcajada la repugnancia que le inspiraba Bruno; pero resuelto á ganársele á toda costa, celebraba como una gracia aquella grosera chanza.

—Y dime, dijo dudando, porque, áun tratándose de un sér como Bruno, era una pregunta inconveniente, dime: ¿no ama Amalia á alguno?

—¿Eh? ¡Qué sé yo! Es más mala que un dolor.

—¡Parece una santa!

—Parece, eso es, parece; pero luégo, vaya usted á ver..... es una mujer capaz de hacer que se muera uno.....

—¡Pues cómo!

—Cuando no llora reza, cuando no reza suspira, cuando no suspira calla; hay para morirse.

—Tienes razon, dijo Luis aparentando sorpresa..... y yo en tu lugar.....

—¿Qué harias?.....

—¡Diablo! Buscar una muchacha divertida, siquiera para algunas horas..... Pobre Bruno, vives como en la Trapa.....

—Es verdad, y eso haré.

—Cuenta conmigo.....

—¡Oh! Por supuesto.....

—Entónces, adios, que ya hemos llegado; y Luis dejó á Bruno para ir á buscar á sus amigos.

Bautista estaba solo en su palco.

Al ver entrar á Luis se levantó y le saludó amablemente.

—¿Cómo es eso? dijo. El futuro amante de la bella Amalia no ha querido admirarla en su triunfo...

(*Se continuará.*)

REVISTA DE MODAS.

París, 3 de Agosto de 1873.

Nunca tal vez la *lencería* ha sido tan elegante ni tan indispensable como ahora. Tenemos en primer lugar, para traje sencillo, la lencería de hilo, muy distinguida cuando es fina y está bien acabada.

Los cuellos vueltos, almidonados, son muy abiertos por delante: forman punta más ó ménos aguda, y siguen en el escote la abertura del corpiño. Suelen ser lisos, con un simple pespunto, ó bordados con una guirnalda muy fina, ó, si se quiere, ornados por una valenciennе muy estrecha. Se lleva tambien el cuello en pié por detras y vuelto por delante con doble escote. Un lazo de seda ó de encaje, ó un broche cierra el cuello. Como se llevan muchas corbatas flojas, el lazo que con ellas se hace es ancho, de caidas flexibles y tiene mucha gracia.

La manga que acompaña al cuello debe ser bastante ancha para que pueda pasar la mano; se compone de una

cartera de 10 centímetros de alto, cerrada por tres botones de nácar ó de lienzo y adornada con una valencienne igual á la del cuello.

La lencería de batista blanca, forrada de batista de color, sigue siendo la más de moda como novedad. Se hace á cuadros, lunares y dibujos de todos géneros, con pespuntes calados, bordado al plumetis, bordado de color sobre batista blanca, con trasparente del mismo color del bordado, ó bordado blanco, dibujos muy delicados, con trasparente color de rosa, habano ó azul, ó muchos bordados recortados sobre el encaje.

Los fichús abiertos se guarnecen con un encañonado de muselina doble, dentro del cual se pone un rizado de encaje ó guipur. La manga que acompaña á este fichú va adornada con un volante de muselina abierto en el costado, guarnecido con un encaje que sube hasta la muñeca.

Como fichú elegante, es el de muselina tableada con adornos de encaje y bieses de muselina cosidos en medio. Lazo de encaje para cerrar el fichú. Este género conviene tambien á las señoritas, en cuyo caso se pone, en lugar de encaje, valencienne inglesa.

El lazo de batista con puntas dobladilladas á vainica, lleva las dos puntas bordadas ó estampadas de color de rosa, resedá, etc. Se pone el escote del cuello ó del camisolin de lo mismo. Este lazo, enteramente nuevo, es á propósito para los trajes sencillos.

Una de las novedades más elegantes de la estacion es el fichú Flora, que se pone alrededor del corpiño muy abierto; fichú compuesto de un entredos rodeado de valenciennes ó malinas. Un cordoncito de miosotis ó de verbena color de rosa, pasa á lo largo del entredos, el cual va reunido, en la terminacion del escote del corpiño, por medio de un ramito de flores artificiales.

El cuello regente queda reemplazado, los dias de mucho calor, por el rizado de crespon liso bordado con seda floja, color de rosa, lila, maíz, etc., ó por el rizado de crespon mosqueado con puntos de seda blanca y de colores.

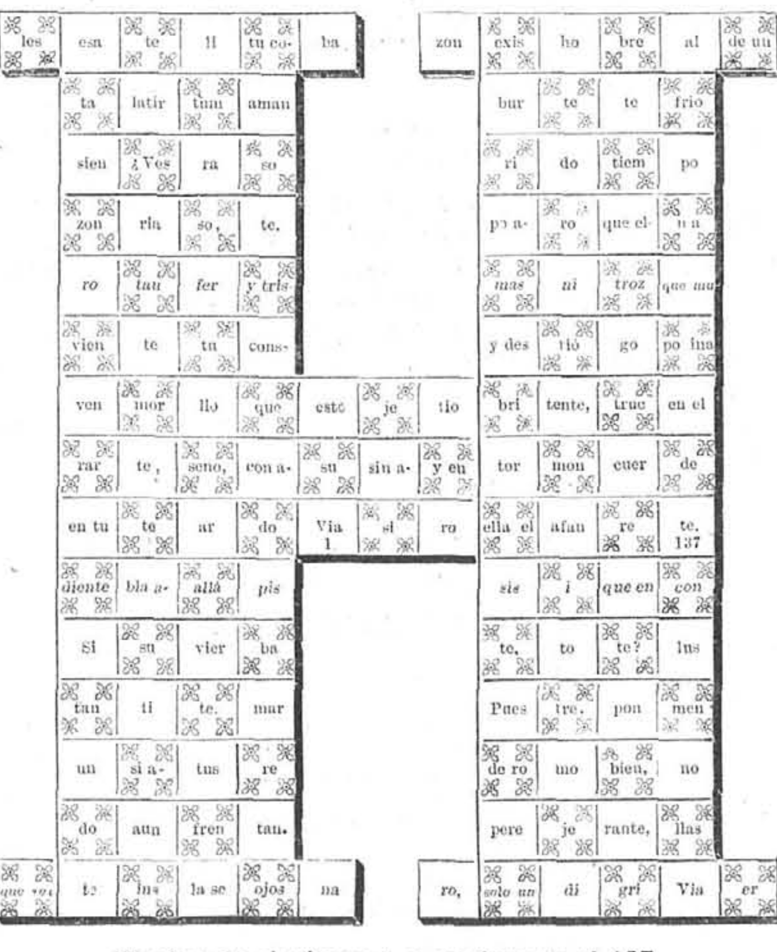
Con los peinados de trenzas, rulós, rizos, que tan bien sientan y tanto favor hacen, ha caido casi por completo la moda de aquellas cofias, que ostentaban con tanta coquetería las señoras jóvenes. Hoy sólo las señoras de cierta edad se permiten estas prendas.

El bordado inglés ha recobrado completamente su puesto en todos los adornos de enaguas, lencería: camisas, corpiños, se adornan con este género de bordado.

V. de C.

SALTO DE CABALLO

PRESENTADO POR LA SEÑORITA T. M. (VERACRUZ).



Empieza en el número 1 y concluye en el 137.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1125.

Sombrero de paja blanca, con diadema ribeteada de un vivo blanco y un vivo más grueso negro. Pluma blanca, enrollada en torno del casco, con pié fijado bajo una rosa y un lazo de faya negra. Lazo grande de faya negra con vivo blanco.

Sombrero de cerda gris con diadema. Forro azul. Corona de miosotis color de rosa y rizado de encaje negro. Los mismos adornos en el costado izquierdo del casco. Por detras un gran lazo azul.

Adorno de cabeza, compuesto de una guirnalda de flores y de una mantilla de encaje negro.

Sombrero de paja cruda, con plumas y lazos de color de bignonia. Los lazos van mezclados de encaje negro.

Sombrero de paja amarilla, con ala *almenada*, guarnecida de terciopelo negro y encaje negro. En el lado izquierdo, adormidera encarnada, espigas y pájaro del paraíso. Por detras lazo grande de terciopelo negro.

El figurin que acompaña al presente número, corresponde tambien á las Sras. Suscritoras de la 2.ª y 3.ª edicion.

ANUNCIOS.






MADRID.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de ARIBAU y C.ª (SUCESORES DE RIVADENEYRA).



Moine et Falconer, imp. r. Cel Lemoine, 51. Paris.

970

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas, 12. prāl.

MADRID